

Katja Carrillo Zeiter

La historiografía literaria del siglo XIX en Argentina y Chile – entre el pasado y el futuro

1. Introducción

A partir de la segunda mitad del siglo XIX empiezan a publicarse en Latinoamérica historias literarias nacionales.¹ A primera vista resalta la intención con la que se acomete esta labor: lo que se trata es de subrayar la cultura nacional como tal. Y esto sucede porque después de que los nuevos estados se han consolidado políticamente el interés se concentra en pintar dentro del marco político el cuadro cultural como representación de la nación, tanto hacia el interior como hacia el exterior. Lo que me propongo en este trabajo –luego– es analizar la construcción de la cultura nacional latinoamericana partiendo de las historias literarias.

Subrayar el carácter nacional de la cultura teniendo en cuenta su desarrollo histórico implica –para cualquier nación con historia colonial– un desafío. La causa de este desafío está en la situación postindependentista cuya primera consecuencia sería, por un lado, rechazar todo el pasado colonial, mientras, por el otro lado, se ve la obligación de demostrar la existencia de una tradición nacional como prueba de que la independencia nacional es el resultado ‘natural’ o ‘lógico’ de aquella tradición. Por lo tanto, la tarea de comprobar la tradición está en manos de los historiadores, ya que en el siglo XIX –tanto en Europa como en Hispanoamérica– tradición equivale a historia y sobre todo a raíces históricas.

De allí resultan las siguientes preguntas: ¿qué se hace con las raíces históricas coloniales? ¿No significa la independencia política y el rechazo del poder colonial también haber superado la historia colonial? o ¿es posible lograr la independencia política incorporando la herencia cultural del período colonial? Los estados postcoloniales –en

1 Una bibliografía de las producciones historiográficas de los diferentes países latinoamericanos se encuentra en González Stephan (1987).

el sentido cronológico-histórico de la palabra— responden a estas preguntas de diferentes maneras dependiendo de la época en la que les toca vivir.

En el siglo XIX en América Latina los constructores de la historia nacional —los historiadores— entienden su labor como una forma de entrar al mundo civilizado, civilización que está claramente relacionada con Europa, o más bien, con la visión que de Europa tienen los letrados latinoamericanos. Por otro lado, el adjetivo ‘libre’ (o independiente) se refiere al momento histórico del cual los propios historiadores se consideran parte integrante y que los separa de la época precedente, la época de la colonia. Sin embargo, la separación entre la época independiente y la colonial no es absoluta, ya que mediante la escritura historiográfica, son los mismos historiadores los que construyen ciertos enlaces entre el pasado y el futuro. Y será justamente la relación entre las dos épocas la que les posibilitará a los historiadores la construcción de una literatura nacional en tanto que desarrollo histórico en la que ellos ocuparán el lugar de intermediarios.

En sus trabajos sobre la historiografía del siglo XIX, Hayden White subrayó el carácter narrativo de los textos, consistente en la selección y distribución de los datos (White 1973). De la misma manera, los autores argentinos y chilenos de las historias literarias —a quienes los guía el proyecto de ‘construcción de una nación’, lo cual ellos mismos declaran— escriben sus textos seleccionando y distribuyendo según una perspectiva nacional² sobre el corpus escrito.³

Es por esta razón que una de las pistas que quisiera seguir en este trabajo sea el carácter de ‘lo argentino’ y de ‘lo chileno’ en algunos de los textos seleccionados por los historiadores. Más específicamente, analizaré la argumentación que estos esgrimen al incluir dentro de las historias literarias nacionales textos escritos durante la época colonial, redefiniéndolos como ‘argentinos’ o como ‘chilenos’.

Mary Louise Pratt ha indicado que la época de la independencia en América Latina tendrá que calificarse como una descolonización que

2 Siguiendo a Eric J. Hobsbawm podríamos incluso decir ‘nacionalista’ (Hobsbawm 1990).

3 Lo que no aparece en las historias literarias es por lo tanto uno de los silencios fundacionales a los cuales se refiere el título *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*, editado por Friedhelm Schmidt-Welle (2003).

sólo abarca ciertos sectores sociales, mientras que otros mantienen su carácter colonial. Siguiendo a McClintock, Pratt habla, con respecto a América Latina, de un colonialismo de ocupación, lo que quiere decir que “la descolonización (o independencia) consiste en que la clase ocupante (criollo) asuma el poder, sustituyendo a las autoridades coloniales” (Pratt 2003: 28). Respecto del rol que ocupan los letrados en esta descolonización esto significa que “tanto en América del Norte como la del Sur, la descolonización de los imaginarios criollos es un proceso lento, tal vez interminable” (Pratt 2003: 28). Esto explicaría por qué aparentemente no les causa grandes dificultades a los historiadores literarios incluir en sus historiografías literarias aquellos textos escritos durante la época de la ocupación española.

A mi ver, las historias literarias argentinas y chilenas se ubican dentro de las discusiones historiográficas del siglo XIX lo que obliga a sus historiadores a buscar soluciones dentro de un marco que impide el rechazo absoluto de “lo español”, pues equivaldría –desde la perspectiva decimonónica– al rechazo del propio pasado. De allí resulta, que la época que desde lo postcolonial crea la mayoría de los problemas sea el período colonial y sus manifestaciones culturales. Cómo intentan responder los historiadores argentinos y chilenos tanto a la necesidad de construir una tradición histórica para las nuevas naciones como al reclamo de demostrar “lo propio” en contra de “lo ajeno español” será el tema de mi conferencia.⁴ La hipótesis es que, debido al carácter mismo de estas obras, dentro de los trabajos historiográficos predomina la intención de construir una tradición nacional: una tradición nacional siempre dominada por la herencia cultural española.

Antes de empezar el análisis quisiera trazar en grandes rasgos el corpus aquí mencionado. La escritura de la historiografía literaria empieza en América Latina después de la consolidación política de los estados independientes, es decir a partir de la segunda mitad del siglo XIX.⁵ En cuanto a los datos de publicación existen diferencias entre la

4 Las discusiones historiográficas giran casi exclusivamente alrededor de la dicotomía entre “lo español” y “lo nacional”, mientras que no aparece la dicotomía entre, p.ej., “lo argentino” y “lo chileno”.

5 Beatriz González Stephan muestra en su trabajo *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX* que la historiografía literaria no surge de la nada en América Latina. Pero sí se pueden destacar ciertos rasgos peculiares bien distintivos de los textos historiográficos decimonónicos (González Stephan 1987).

historiografía argentina y la chilena que tienen que ver con la situación política de ambos estados.⁶ La primera historia literaria chilena, *Bosquejo histórico de la poesía chilena*, se publica en 1866 y su autor, Adolfo Valderrama, es miembro de la Facultad de Medicina, tal como lo indica la primera página de su obra. Dentro de la historiografía literaria chilena, el trabajo ocupa un lugar excepcional —como aclararé al final— que se deberá al hecho de ser la primera historia literaria nacional en Chile. Veremos al final cómo Valderrama lucha discursivamente con la tarea de establecer una tradición donde supuestamente existe sólo una separación.

Será la *Historia de la literatura colonial de Chile* de José Toribio Medina, publicada en 1878, la que se convertirá en el modelo principal de la historiografía literaria chilena. José Toribio Medina destacará así entre los historiadores chilenos por su labor bibliográfica, que lo llevará a viajar por América y Europa en busca de documentos no sólo de la historia colonial de Chile sino de la de toda América Latina.⁷ El tercer historiador chileno que mencionaré aquí es Pedro Pablo Figueiroa, quien publicó en 1900 su *Reseña histórica de la literatura chilena*. Se trata en este caso de un resumen de la historia literaria de Chile que apareció incluida por primera vez en la obra de Francisco Laggo-maggiore *América poética*, una antología comentada cuyo objetivo era dar a conocer la literatura latinoamericana en toda su amplitud.

Las tres historias de la literatura argentina tratadas en este artículo llegan a publicarse recién a comienzos del siglo XX, o sea recién al finalizar el primer siglo de independencia latinoamericana. *La literatura argentina desde la conquista hasta nuestros días* de Felipe Martínez y la *Historia de la literatura argentina* de Enrique García Velloso tienen rasgos en común y son las primeras historias de la literatura argentina sin fines didácticos, en contraposición con varios manuales de la historia literaria que ya se habían publicado antes en Argentina.⁸

6 Mientras que el estado chileno se consolida ya en la primera década después de las guerras de la independencia, el estado argentino con sus fronteras hasta hoy establecidas empieza a existir recién a partir de los años 60 del siglo XIX.

7 Con su labor Medina cumple al pie de la letra con la llamada de Andrés Bello en su artículo “Modo de escribir la historia” de 1848 de leer primero los documentos originales antes de escribir sobre la historia latinoamericana (Bello 1957).

8 En su estudio sobre la historia de la historiografía, Pedro Luis Barcia presenta muy detalladamente manuales y historias literarias argentinas desde, como indica el título, los orígenes hasta 1917 (Barcia 1999). Uno de los rasgos en común de

Pero la ruptura fundamental, como el mismo autor declara en su introducción, dentro de la historia de la historiografía literaria argentina está marcada por la obra *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, publicada a partir de 1917. Según Rojas, uno de los rasgos específicos de su trabajo es la perspectiva sistemática que le permite seguir el camino del desarrollo de la “argentinidad” (Rojas 1960).⁹

Las historias literarias escogidas –tan diferentes entre sí– incorporan de un modo u otro sin mayores dificultades aquellos textos que fueron publicados en la época colonial. Aún más, el legado español se transforma en ellas en marco distintivo de lo “nacional”.

2. El caso chileno: la época colonial y el encuentro entre españoles e indígenas

La *Historia de la literatura colonial de Chile* de José Toribio Medina, publicada en 1878, empieza con la pregunta fundamental de cualquier historia literaria: “¿Qué debe entenderse por literatura colonial chilena?” (Medina 1878: VII) Esta pregunta le da a Medina la oportunidad de ubicar su trabajo dentro de las discusiones historiográficas europeas, mientras marca, al mismo tiempo, la diferencia distintiva entre las investigaciones europeas y las americanas:

Es natural i corriente en todos los que han encaminado sus labores al estudio del desarrollo del pensamiento en un país determinado, comenzar por investigar la formacion del idioma i aún los orígenes del pueblo de cuyos monumentos literarios se trata. [...] Mas, estas investigaciones quedan manifiestamente fuera de la órbita de nuestros estudios. El idioma castellano, empleado por los escritores chilenos, estaba ya formado cuando los primeros conquistadores pisaron los valles del sur del desierto (Medina 1878: VII-VIII.)¹⁰

Y luego subraya el punto de partida de su trabajo:

Las palabras *literatura chilena* no se refieren, pues, como fácilmente se deja entender, sino al cultivo que el pensamiento en todas sus formas al-

los trabajos de García Velloso y Martínez son los varios párrafos copiados de la *Historia de la poesía hispano-americana* de Marcelino Menéndez Pelayo (1911), obra dedicada a rememorar el “glorioso” pasado colonial español.

9 Como prueba de que la tarea historiográfica no consiste solamente en nombrar textos y autores según su orden cronológico, Rojas dedica su primer tomo a la literatura gauchesca y recién el segundo trata de la literatura colonial.

10 La ortografía y la acentuación de los textos aquí citados difiere de las normas establecidas por la Real Academia Española.

canzó en Chile durante el tiempo de la dominación española (Medina 1878: VIII).

Lo que ya indicaba el título recibe con las frases introductorias su explicación. Además, Medina no sólo subraya la relación entre los términos “colonial” y “chileno”, sino que manifiesta su interés en analizar solamente aquellos textos que fueron escritos en español. A pesar de la claridad de la respuesta –que parece acallar cualquier otra opinión–, Medina se ve obligado a referirse a la cultura indígena en Chile, aclarando que los mapuches¹¹ –los indígenas del sur de Chile– no tenían una cultura literaria y terminando su razonamiento con estas palabras: “[n]ada, pues, tuvieron los invasores que aprender del pueblo que venían a conquistar” (Medina 1878: XI). Así pues, queda abierto el camino para poder concentrarse exclusivamente en la literatura en lengua española.¹²

Un rechazo tan decidido de la cultura indígena no se encuentra en ninguna de las demás historias literarias chilenas pero sí su reducción a textos escritos en español. Tal reducción se debe, claro está, a un concepto de literatura que incluye solamente lo escrito y deja a un lado –con sólo una excepción– toda la tradición oral. Este concepto se aplica también a los textos coloniales con el ya mencionado resultado de considerar solamente lo escrito en español durante esa época. Pero el elemento indígena entra por otro lado en las historias literarias chilenas para ser usado de él como parte de lo nacional, como demostraré a continuación.

Todas las historias de la literatura nacional chilena nombran como primer texto chileno a *La Araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, escrito entre 1569 y 1589. Tanto para Medina como para los demás historiadores lo que narra Ercilla y Zúñiga en su texto es el relato del nacimiento de la nación chilena.¹³ Este contenido temático vale más que el hecho de que Ercilla y Zúñiga fuera español y que haya escrito

11 En los textos decimonónicos se habla siempre de araucanos, término que denomina a los diferentes pueblos indígenas del sur de Chile.

12 Cabe destacar que Medina no discute en las frases citadas el por qué de su marco de investigación sino que explica la falta de un estudio preliminar sobre los orígenes de la lengua española en su obra.

13 Es interesante que Beatriz Pastor trate en su estudio sobre los discursos narrativos de la conquista a *La Araucana* como ejemplo de lo que ella denomina “discurso de emergencia” al contrario de los discursos de mitificación que serían las primeras relaciones sobre América (Pastor 1988).

y publicado *La Araucana* en España. Que la historiografía chilena se centre en el tema del texto de Ercilla y Zúñiga está relacionado directamente a la tarea de mostrar “lo chileno” de *La Araucana* y deslindándolo así de “lo español”. En *La Araucana* Ercilla y Zúñiga describe los sucesos de la conquista del sur de Chile y el enfrentamiento entre los conquistadores españoles y los mapuches. Lo interesante de este texto es la perspectiva que toma el autor al escribir desde la perspectiva de los toquis mapuches; de este modo logra transmitirles a los lectores una supuesta visión mapuche sobre el primer encuentro entre el viejo y el nuevo mundo. En el análisis historiográfico se hace hincapié justamente en la descripción del valor de los mapuches y en la descripción de cómo se defendieron ante los invasores españoles. Parece contradictorio: Medina, al mismo tiempo que rechaza rotundamente toda influencia o herencia cultural que pueda venir de los mapuches, realza la ferviente defensa de ellos ante los portadores de las primeras semillas de lo que será la literatura chilena.

La explicación de esta actitud se encuentra en la *Reseña histórica de la literatura chilena* de Pedro Pablo Figueroa, publicada en 1900. Como Figueroa da una visión panorámica de la literatura chilena, en pocas páginas pasa de la época colonial a la época de la independencia. Su interés es trazar la línea general del desarrollo cultural en Chile y no detenerse en detallados análisis de ciertas obras o autores. Este procedimiento le permite juntar las dos épocas centrales de la historia chilena —la colonia y la independencia— en una sola frase al empezar a tratar la literatura de la independencia: “[e]l movimiento revolucionario de 1810, lleno de nobles aspiraciones, inspirado por patrióticos y elevados propósitos, reflejo del heroísmo araucano, origen puro del indomable valor chileno [...]” (Figueroa 1900: 24). La lucha de los mapuches —o como él escribe de los araucanos— figura aquí como el anuncio de lo que será el movimiento de la independencia, porque “[l]a lucha que los naturales del territorio sostuvieron contra los conquistadores, no fué hija de la barbarie sino del genial espíritu de libertad que los caracterizaba” (Figueroa 1900: 13). Es interesante cómo Figueroa prepara con estas frases el giro que posibilita por un lado justificar las guerras de independencia y por el otro marcar la diferencia entre “lo español” y “lo chileno”. Al mismo tiempo, no deja ninguna duda de que la cultura —o civilización— pisó por primera vez la tierra americana junto con los conquistadores españoles:

Con los primeros sacerdotes que arribaron á las playas del hemisferio, vino la cultura del Viejo Mundo á destellar sus resplandores sobre el oscuro cerebro de los primitivos hijos de este girón del Universo (Figueroa 1900: 12).

Figueroa logra juntar las dos perspectivas opuestas mediante la idea de la mezcla entre los invasores españoles y los mapuches. Pero no se trata de una mezcla de razas sino más bien de una mezcla de caracteres en la cual lo español domina:

Mas, cuando este pueblo heroico recibió el bautismo de la civilización, de indómito que era en la guerra se tornó dócil en la paz, perseverante en el trabajo, afanoso en el estudio y efusivo en la unidad nacional (Figueroa 1900: 13).

La civilización española es el motor del cambio que logra incorporar a los mapuches en la nueva nación chilena.

Para que no haya malos entendidos: la incorporación de lo indígena está dirigida hacia el pasado y no repercute ni en el trato ni en la situación real de los mapuches en el siglo XIX. Es más, lo que ningún historiador chileno menciona es la guerra del estado chileno contra la población indígena en su frontera sureña durante la Pacificación de la Araucanía. Lo que tanto Medina como Figueroa construyen es una síntesis ideal de “lo español” con “lo araucano” a partir de la cual les es posible hablar de “lo chileno”, siempre y cuando se tenga como punto de partida a “lo español”. A primera vista pudiera parecer que al destacar la otra perspectiva de los acontecimientos de la colonia en Chile, los historiadores de la literatura chilena estuvieran subvirtiendo la perspectiva de los invasores. Y en cierto modo lo están haciendo, pero no con la intención de darle al indígena la palabra sino más bien con la intención de deslindar la sociedad postcolonial del dominio español. Ellos, los criollos se construyen como los otros respecto de España pero no consideran al otro en los estados independientes.

3. El caso Argentino: las raíces españolas de la literatura gauchesca

La situación en Argentina se nos presenta en cierto grado diferente. Recién en la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, publicada entre 1917 y 1922 en cuatro tomos, aparece una relación colonial del siglo XVI como posible texto fundacional de la literatura

argentina. Los demás historiadores –como Felipe Martínez o Enrique García Velloso– empiezan sus historias literarias con textos de Labardén, es decir en el siglo XVIII a finales de la época colonial. La incorporación de las últimas décadas de la dominación española dentro de la literatura y cultura argentinas se debe a una redefinición del final de la época colonial.

Así Felipe Martínez, al principio de su obra *La literatura argentina desde la conquista hasta nuestros días*, publicada en 1905, escribe en contra de aquella opinión que niega la existencia de una historia literaria argentina. Él relaciona esta negación a los ataques al imperio español cuando resume:

Por otra parte: las declamaciones contra España y su régimen colonial han llegado a sostener que los americanos no podían ser civilizados “cuando sus gobernantes, ó no lo eran, ó imitando los bárbaros procedimientos de los frailes de tiempos atrás, se oponían á la marcha de la corriente civilizadora”; pero, nosotros preguntamos: ¿dónde hallaron los Varelas, Moreno, Rivadavia, Lopez y Planes, Luca, Lafinur, etc., su primera educación literaria, sino en las universidades y demás institutos establecidos durante el período colonial? (Martínez 1905: 5).

La pregunta lo indica, se trata de buscar las raíces históricas de los próceres de la independencia argentina. Esto obliga a una reinterpretación y revaloración de los sucesos durante la dominación española. Ahora, para Martínez es importante comprobar que ya durante el período colonial hubo una vida intelectual y cultural que merece tal nombre. Aunque la revaloración de los hechos coloniales está limitada al virreinato de Juan José Vértiz (1776-1810), que así se nos presenta como una época excepcional, Martínez no se olvida de aclarar que “no pudo menos de existir una literatura allí donde se había implantado un idioma que tan rica la tenía” (Martínez 1905: 6). También aquí, en esta frase de Martínez, nos encontramos ante un elogio a la cultura española cuya herencia en América administran los historiadores. Una situación parecida ya habíamos visto en las primeras palabras de Medina que declaraban rotundamente a la literatura chilena como una rama de la literatura española. De la misma manera Martínez relaciona la literatura argentina con la española: “[l]a literatura, pues, reflejo más ó menos fiel de la española, existió siempre en el virreinato del Río de la Plata” (Martínez 1905: 7).

Cuán estrecha es la construcción de la relación entre “lo argentino” y “lo español” lo demuestran –además– las explicaciones que se

dan sobre el origen de la literatura gauchesca, el género argentino por excelencia.

En la *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas, el historiador utiliza la literatura gauchesca como el elemento fundacional de su concepto de la argentinidad.¹⁴ La argentinidad, como expresa Rojas, está constituida por un territorio, un pueblo, un idioma y un ideal. El término argentinidad sirve para “[d]efinir la extensión de nuestro dominio literario dentro de los vastos dominios internacionales del idioma patrio [...]” (Rojas 1960: 31, t. 1 y 2). Por lo tanto, también aquí, en esta obra de comienzos del siglo XX aparece la necesidad de ubicar la cultura nacional argentina dentro de una cultura hispánica, pero ya no se reduce esta cultura hispánica a “lo español” como lo vimos en las obras de Medina o Martínez. No obstante esta redimensionalización del concepto de cultura hispánica, la raíz española de la literatura argentina emerge cuando Rojas trata los orígenes de la literatura gauchesca que para él son los orígenes de la literatura argentina: “[b]ajo sus toscas apariencias, la obra de tales poetas [Ascasubi, del Campo y Hernández] encierra los gérmenes originales de una fuerte y sana literatura nacional” (Rojas 1960: 54, t. 1 y 2). Para Rojas la literatura gauchesca representa la síntesis de todos los estados históricos de la nación argentina; él mismo habla de “el reflejo de la honda fermentación racial” (Rojas 1960: 56, t. 1 y 2). Pero aún así emerge, por debajo de este fondo argentino, si uno quiere, la base española.

Lo importante en la argumentación de Rojas es, a mi ver, la oscilación entre un arraigamiento en el suelo americano y –casi sin darse cuenta– uno en la cultura española, cuando intenta establecer para la historia de la literatura argentina el sistema de las tres formas épicas de Hegel.¹⁵ Me centraré en las explicaciones de Rojas sobre lo que él llama “poesía lírica de nuestros campos”. Cabe destacar que al apoyarse en las teorías hegelianas, Rojas traslada conceptos basados en las historias literarias europeas a una historia literaria americana. Él no

14 En *ScriptOralität in der argentinischen Literatur* Schöffauer menciona las discusiones entre Rojas y Unamuno acerca del término argentinidad y las diferencias que existen sobre su uso en el siglo XIX y el XX (Schöffauer 1998).

15 En su introducción, Rojas subraya la importancia de un fundamento teórico para cualquier historia literaria y critica la falta de aquello en la mayoría de los trabajos historiográficos (Rojas 1960: Introducción, t. 1 y 2). Al comparar su obra con las demás, se puede constatar que en ellas destaca más bien un interés bibliográfico-cronológico.

es el único, también el debate sobre el carácter épico de *La Araucana* en la *Historia de la literatura colonial de Chile* de Medina es un ejemplo de la orientación de los historiadores americanos a fenómenos europeos.¹⁶ Pero volvamos a la poesía lírica. En este capítulo, Rojas menciona también a algunos pueblos indígenas que viven en el territorio argentino como por ejemplo los onas —o sel'kam—, los tobas y los mocovíes. Pero los ejemplos de sus cantos los utiliza Rojas para delimitar su objeto de investigación. Según las categorías hegelianas, la diferencia entre la poesía épica y la poesía lírica está en el carácter colectivo de la épica y el individual de la lírica (Hegel 1970). Los ejemplos de los cantos de algunos pueblos indígenas reflejan, según Rojas, la conciencia de una tribu, por lo cual no es lícito tratar esos cantos dentro de la poesía lírica: “[t]ales ejemplos de procedencia africana o indígena, llévannos al dominio social de la danza, de la religión, de la magia; y nos aleja del ámbito subjetivo donde florece la verdadera poesía lírica” (Rojas 1960: 226, t. 1 y 2).

Aunque también haya ejemplos del carácter individual de algunos cantos de ciertos pueblos indígenas, como el mismo Rojas admite, el interés del capítulo sobre la poesía lírica reside en buscar las raíces folklóricas de los poemas gauchescos o, como lo explica Rojas:

En éste [capítulo] hablaremos de la poesía lírica escrita en lengua castellana, así sea arcaica o vulgar, para ir mostrando las raíces folklóricas de nuestros poemas gauchescos, cuya musa lírica de romance y guitarra, se personificó en el legendario tipo de los payadores (Rojas 1960: 227, t. 1 y 2).

Lo interesante de esta cita es la mención del romance español como uno de los elementos de la literatura gauchesca. No se trata aquí de debatir sobre la cuestión de si lo gauchesco procede o no del romance español sino más bien de ver cómo Rojas y otros construyen el género argentino por excelencia recurriendo a un género español.

Rojas aclara que: “[e]n todos los tipos de cuarteta argentina, metro y asunto traen el recuerdo de los cantares españoles” (Rojas 1960: 255, t. 1 y 2). Y aunque admite que se encontraron coincidencias folklóricas parecidas, comparando la cultura popular de otros pueblos, subraya que el parentesco entre el caso argentino y el español es más

16 En el capítulo “Ercilla”, Medina cita las opiniones de críticos europeos acerca del valor estético de *La Araucana* (Medina 1878: 27-30).

profundo. Lo que él quiere demostrar es que la cultura española fue trasplantada a América y vivió en el Nuevo Mundo ciertos cambios. Estos cambios se deben al contacto con otras culturas pero la cultura que abrió tal camino es la española:

Digo todo esto [las transformaciones que tomaron las coplas españolas en Argentina], no para negar la influencia española, sino para explicarla. Lo que España nos dio, según mi doctrina, no fueron influencias más o menos adventicias, sino algo más importante: gérmenes de cultura. Producido el trasplante de su idioma, nada más lógico que con él vinieran ciertas formas elementales —proverbios, acertijos, coplas, cantos—, propias del arte oral, y que viven adheridas a la vida misma del lenguaje. (Rojas 1960: 258, t. 1 y 2).

Gracias a la influencia española —sería la conclusión de Rojas— se elevó la poesía gauchesca por encima de los pocos ejemplos indígenas o africanos: “[y]a habrá notado mi lector cuán grande es la diferencia entre el rudimentario canto lírico de los tobas o los negros y el cantar de los gauchos” (Rojas 1960: 245, t. 1 y 2). Rojas “necesita” la procedencia española de algo tan argentino como la literatura gauchesca, primero, para delimitarla de otras pruebas culturales en América y, segundo, para demostrar que la literatura argentina proviene de las mismas fuentes “civilizadas” y que tomó los mismos rumbos que la literatura europea.

Ricardo Rojas no es el único historiador argentino que relaciona la literatura gauchesca con los romances españoles. En su *Historia de la literatura argentina* de 1914 Enrique García Velloso trata la literatura gauchesca en el capítulo sobre la poesía popular. Desde el principio del capítulo queda claro para el lector que lo importante para el historiador será demostrar el parentesco entre la poesía popular argentina —es decir la literatura gauchesca— y la poesía española. El carácter del trabajo de García Velloso impide que éste se detenga en desarrollar la temática del trasplante y la posterior evolución de la cultura española en Argentina tan minuciosamente como Rojas, pero le permite escribir frases como las siguientes:

Surge entonces en nuestro cancionero todo el sedimento andaluz, mezcla de cristiano y de musulmán. Y es allí donde está la fuente más pura de nuestra poesía; la fuente donde en día lejano irá a abreviar su sed de argentinismo artístico este pueblo hoy desquiciado espiritualmente por culpa de los rapsodistas, imitadores o simples plagios de las literaturas dos veces extranjeras por la lengua y por el medio que evocan (García Velloso 1914: 387).

El contexto en que caen estas palabras es la gran inmigración europea de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX en Argentina. Teniendo en cuenta la situación histórica en la que escribe García Velloso su historia, se puede buscar allí la explicación de una declaración tan ferviente a favor de las raíces españolas y en contra de otras influencias culturales de la literatura argentina. Nada más lógico, por lo tanto, de pasar en silencio el exterminio de la población indígena en la así llamada Conquista del Sur, acontecimiento que no aparece en ningún texto historiográfico.

4. Conclusión

¿Cuál es la relación que construyen las historias literarias argentinas y chilenas entre la cultura de los estados independientes y la historia colonial de sus países? Los ejemplos de las historias literarias argentinas y chilenas muestran que tanto en Argentina como en Chile les resulta imposible a los historiadores silenciar sus fuentes coloniales.

En este sentido quisiera mencionar un caso bastante particular de la historiografía chilena que da un ejemplo claro de la situación conflictiva que se crea cuando se quiere tratar de escribir una historia literaria rechazando la herencia cultural española.

Me refiero al *Bosquejo histórico de la literatura chilena* de Adolfo Valderrama, publicado en 1866. Este trabajo empieza con un detenido análisis de la cuestión de si pudo o no pudo existir una literatura chilena nacional en la época de la dominación española. La conclusión a la que llega Valderrama es que recién a partir del año 1810 –año de la independencia chilena– se puede hablar de una literatura chilena nacional. Y prosigue diciendo que esto se debe a que durante la época colonial no hubo libertad en Chile y que sólo en la libertad se puede llegar a una literatura original (Valderrama 1866: Introducción). La libertad es para él la condición por excelencia para la existencia de cualquier literatura nacional. Un análisis semejante sobre qué es lo que significa el término literatura nacional no se encuentra en ninguna de las otras historias literarias chilenas.

Uno esperaría que Valderrama respondiera a sus propias palabras con una historia de la literatura chilena empezando con los textos del siglo XIX, o sea nombrando aquellos autores y textos que se publicaron después de la independencia política. No es así. Valderrama, como

todos los que lo siguieron, abre su panorama de la literatura chilena con un capítulo sobre la época colonial. La razón de esta manera de proceder se encuentra en la imposibilidad de escribir un trabajo historiográfico sin historia; entendiendo por “historia” un pasado cuyos comienzos quedan al límite de nuestra cronología.

Pero la introducción de Valderrama muestra un aspecto más de las dificultades con las que se enfrentan los historiadores al tratar la época colonial como parte decisiva de la historia nacional. Al hablar sobre la falta de libertad que hubo durante la dominación española en Chile, Valderrama está resumiéndole al lector el conocido discurso de la leyenda negra. Él habla de la no existencia de instituciones culturales o educativas, de la falta de instrucción en general. La misma descripción la podemos leer también en las historias literarias de Medina, Martínez o García Velloso. Estos historiadores nos informan sobre las dificultades para obtener libros en las colonias del Nuevo Mundo. Sobre todo Medina, que dedica su trabajo exclusivamente a la época colonial, describe en su introducción de más de cien páginas los acontecimientos históricos del período que tratará. Así, por ejemplo, nos enteramos de los problemas que hubo antes de que se inaugurase la Universidad de San Felipe en el siglo XVIII, y nos hizo leer varias cédulas reales relacionadas con aquello. ¿Por qué este énfasis en demostrar la injusticia de los reyes españoles al gobernar sus colonias? La clara condena al sistema político colonial va de la mano del aprecio que se tiene de la herencia cultural española; son las dos caras de la medalla de la independencia.

Los historiadores —como letrados de las nuevas naciones— están entre estas dos caras. La condena a la dominación española es el resultado de la independencia que a finales del siglo XIX sigue siendo interpretada como el derecho de un pueblo oprimido a tomar su destino en sus propias manos. Pero, y aquí está la otra cara, para formar parte del mundo civilizado —que para los letrados argentinos y chilenos es el mundo europeo— incluyen “lo europeo” en su tradición cultural.¹⁷ Lo

17 Para mostrar cuán profundo es el sentido de los americanos de compartir el mismo mundo civilizado que los europeos, Mary Louise Pratt cita las impresiones de Sarmiento al visitar el norte de África y concluye: “[t]he world becomes simpler for Sarmiento when he goes to North Africa, where his status with respect to the civilization/barbarism dichotomy is clear. Here, and perhaps only here, does he get to be a European pure and simple, and a colonialist” (Pratt 1992: 192).

indígena entra entonces sólo como un matiz de distinción de “lo español” pero no llega a convertirse en la parte dominante de la tradición o de la historia. O, formulándolo de otra manera: lo que no pueden imaginarse los historiadores argentinos y chilenos es un letrado indio. Y a final de cuentas lo que también están construyendo en las historias literarias es su propia historia intelectual, la cual es concebida como la historia intelectual civilizada en el Nuevo Mundo. Tanto la descripción de los mapuches en las historias literarias chilenas como lo que opina Rojas de la cultura de los pueblos indígenas demuestran que el indio, considerado como el otro dentro de la misma nación, no forma parte de la civilización. De esta manera, ellos, los letrados, están colonizando por segunda vez a América.

Bibliografía

- Barcia, Pedro Luis (1999): *Historia de la historiografía literaria argentina. Desde los orígenes hasta 1917*. Buenos Aires: Ediciones Pasco.
- Bello, Andrés ([1848] 1957): “Modo de escribir la historia”. En: *Obras completas. Temas de historia y geografía*. Tomo XIX. Caracas: Ministerio de Educación, pp. 229-242.
- Figueroa, Pedro Pablo (1900): *Reseña histórica de la literatura chilena*. Santiago: Imprenta, litografía y encuadernación Barcelona.
- García Velloso, Enrique (1914): *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Ángel Estrada y compañía.
- González Stephan, Beatriz (1987): *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Habana: Casa de las Américas. (La segunda edición corregida y aumentada se publicó bajo el título *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, 2002.)
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich (1970): *Vorlesungen über die Ästhetik*. 3 tomos. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Hobsbawm, Eric John (1990): *Nation and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Martínez, Felipe (1905): *La literatura argentina desde la conquista hasta nuestros días. Seguida de un estudio sobre la literatura de los demás países hispano-americanos*. Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma e hijo.
- Medina, José Toribio (1878): *Historia de la literatura colonial de Chile*. 3 tomos. Santiago: Imprenta de la librería del Mercurio.
- Menéndez Pelayo, Marcelino (1911): *Historia de la poesía hispano-americana*. 2 tomos. Madrid: Librería general de Victoriano Suárez.

- Pastor, Beatriz (1988): *Discursos narrativos de la conquista: mitificación y emergencia*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Pratt, Mary Louise (1992): *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*. London/New York: Routledge.
- (2003): “La poética de la per-versión: Poetisa inubicable devora a su maestro. No se sabe si se trata de aprendizaje o venganza”. En: Schmidt-Welle, Friedhelm (ed.): *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 27-46.
- Rojas, Ricardo ([1917] 1960): *Historia de la literatura argentina*. 8 tomos. Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft.
- Schäffauer, Markus Klaus (1998): *ScriptOralität in der argentinischen Literatur. Funktionswandel literarischer Oralität in Realismus, Avantgarde und Post-Avantgarde (1890-1960)*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- Schmidt-Welle Friedhelm (ed.) (2003): *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)*. Madrid: Iberoamericana/Frankfurt am Main: Vervuert.
- Valderrama, Adolfo (1866): *Bosquejo histórico de la poesía chilena*. Santiago: Imprenta chilena.
- White, Hayden (1973): *Metahistory. The Historical Imagination in the Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.